



TERTIUS ORDO REGULARIS SANCTI FRANCISCI
CONSILIUM GENERALE

Prot. 29/2009

*Carta del Ministro General
y del Consejo General
a todos los Hermanos y Hermanas
de la Tercera Orden Regular de San Francisco de Asís
por la Pascua, 2009*

**LA PALABRA CELEBRADA
CONDUCE A UNA EXISTENCIA PASCUAL**

Carísimos hermanos y hermanas:

Nos preparamos de nuevo este año a celebrar y a vivir la Pascua de Nuestro Señor Jesucristo, centro de nuestra vida cristiana. Es una gracia de Dios que continua llegando a nuestra vida de cristianos consagrados, urgiéndonos cada vez más a conformarnos a ella con una existencia auténticamente pascual, que nos haga *pasar* a la “vida nueva” que Cristo nos mereció con su Pasión, Muerte y Resurrección.

Francisco de Asís se movía con espontaneidad en una atmósfera pascual. Él se sentía como en casa, puesto que su identificación con Cristo le llevaba a vivir en si mismo todo lo que era central en el destino y el comportamiento de Jesús.¹

El Misterio Pascual aparece como totalmente fundamental en la experiencia de fe del Seráfico Padre, de tal manera que en el momento que decidió componer una especie de *breviario* para la oración, para uso de sus seguidores, no encontró nada mejor que dejarse inspirar en la Pasión y Muerte de nuestro Señor: El resultado fue el magnífico texto del *Oficio de la Pasión*. Probablemente podemos entrever en esta elección una invitación, válida ayer y hoy, a considerar la Pascua como el *lugar*

¹ Menard A., *Pascua*, in Caroli E. (cur.), *Dizionario Francescano*, Padova 1995, col. 1371



privilegiado de nuestra relación con Dios, con los hermanos y con la creación. Lugar privilegiado porque es un lugar de *redención*, donde podemos ser renovados por la acción de Dios que triunfa sobre la muerte mediante el don de la vida. Es dentro de esta *novedad* que nosotros estamos llamados a entrar, tanto a nivel personal como en fraternidad, *replanteando*, a la luz de un acontecimiento tan decisivo, toda nuestra existencia personal.

La escucha de la Palabra en la Liturgia

Francisco vivía tan intensamente el Misterio Pascual porque percibía con claridad su relación con su propia vida concreta, con su existencia de peregrino en este mundo, concentrado en descubrir los signos de la *presencia* del Amado, hacia el que tendía con todas sus fuerzas.

Esta conciencia se desarrolló en él gracias al continuo y existencial contacto que mantenía con la Palabra de Dios, en la que encontraba, más que en cualquier otro lugar, la presencia del Padre celeste, que guía y sostiene la vida de cada hombre.

Hoy también todos estamos llamados a revivir esta misma experiencia de fe mediante la escucha constante y vivificante de la Palabra de Dios. Ya en nuestra carta precedente, en ocasión de la Navidad, indicábamos como uno de los frutos más evidentes y relevantes del Concilio Vaticano II para la vida y espiritualidad cristiana, la renovada relación de los creyentes con la Sagrada Escritura.

Ciertamente la liturgia es el *lugar privilegiado* de tal redescubrimiento, gracias también a la misma reforma litúrgica promovida por el mismo Concilio. El deseo que ha guiado la Iglesia en tal revisión de su *modus celebrandi* ha sido el intento de restaurar en las celebraciones sacras “...una lectura de la Sagrada Escritura más abundante, más variada y mejor escogida” (SC 35.1) junto con la preocupación de conseguir que “...la mesa de la Palabra de Dios sea preparada para los fieles con mayor abundancia” (SC 51).

Como franciscanos auténticos, no podemos dejar de reaccionar al aceptar el *sentir* de la Iglesia y hacer nuestras sus orientaciones, sea dentro de nuestras fraternidades religiosas, como fuera de ellas, mediante la predicación. Por lo tanto, es necesario que evaluemos el modo como hemos implementado este requerimiento de la Iglesia universal de enfocarnos en las Escrituras en lo específico de nuestra vida, tanto personal como comunitaria.

Ciertamente podemos considerar una realidad la labor preciosa de *entrega* de las Escrituras en manos de los fieles. De hecho, lo podemos verificar en la



abundancia escriturística que caracteriza los *nuevos* Leccionarios para la celebración de la Eucaristía y de los Sacramentos, como también en la presencia y el nuevo orden de los textos bíblicos en la Liturgia de la Horas. Tal trabajo, realizado en años pasados, ha permitidos a la Iglesia seguir "... *fielmente en la liturgia aquel modo de leer e interpretar las Sagradas Escrituras, las que el mismo Cristo usó, y que a partir del hoy de su evento nos exhorta a escrutar todas las Escrituras*" (OLM n.3).

Todos los documentos nacidos de la renovación litúrgica evidencian que el Misterio pascual de Cristo proclamado en la Santa Escritura es el mismo evento que la liturgia celebra y, por tanto, no puede haber celebración litúrgica sin proclamación de la Palabra: "...*La misma celebración litúrgica, que descansa fundamentalmente sobre la Palabra de Dios, y de ella toma su fuerza, deviene en un nuevo evento y enriquece la misma palabra de una interpretación nueva y eficaz*" (Ibídem).

Si somos capaces de aceptar estas directrices de la Iglesia, tal y como están delineadas en los documentos e instrumentos exegéticos al alcance de nuestra mano, también debemos estar dispuestos a aceptar su relevancia para nuestras fraternidades y las comunidades de fieles a las que servimos en nuestro ministerio. El estrecho lazo que el Magisterio nos indica que existe entre la celebración litúrgica y la proclamación de las Escrituras debe ponernos un interrogante sobre el modo en que celebramos la Liturgia, ya sea la Eucaristía u otros sacramentos, una celebración de la Palabra, o la liturgia de la Horas. Muy a menudo debilitamos la proclamación de la Palabra al no darle la atención y el lugar adecuados que se merece en nuestras celebraciones.

Probablemente debemos reconocer que nos falta mucho camino por recorrer, a pesar de constatar pasos notables hacia delante en nuestra relación con la Escritura, mucho más presente en nuestra vida de lo que lo estaba hace unos diez años. Muy a menudo la Palabra aun se considera como un *instrumento* para usar en la predicación, en la catequesis, quizás también para preparar una *bonita* celebración...en vez de ser ante todo la *fuerza* en la que apagar nuestra sed de sentido, el *espejo* en el que examinamos nuestras elecciones, la *medida* con la que verificamos la calidad de nuestra vida cristiana.

El desafío que tenemos es dejar que la Palabra esté al centro de nuestras *palabras*, en el centro mismo de nuestra vida. En nuestra carta de Navidad, recordamos la experiencia de Francisco de Asís como un ejemplo de cómo realizar todo esto. En ella señalábamos que él "*es un ejemplo de todo lo que estamos diciendo. Si leemos los escritos y analizamos las oraciones que nos dejó, descubrimos que la Palabra de Dios no sale de él como algo externo: ella está tan profundamente dentro de su ser que,*



cuando habla, habla con la Palabra... o mejor dicho, Francisco "habla" la Palabra, "piensa" la Palabra. (Prot. 63/2008, Il Verbo si è fatto carne).

Como los discípulos de Emaús

Si existe un lugar y un tiempo apropiado para aprender esta actitud de Francisco, el mejor es el espacio y el tiempo de la liturgia, que la sabiduría de la Madre Iglesia ha sabido enriquecer y reconstruir alrededor de la centralidad de la Palabra de Dios. De hecho es propio de la Liturgia que el *tesoro* precioso de las Sagradas Escrituras se nos abra cada día, para poder gozar y alimentarnos de él; cuando oramos en la liturgia de las Horas nos dirigimos a Dios con sus mismas palabras, aprendiendo así, día a día, la *gramática* de su lenguaje; cuando celebramos la Eucaristía, es la Palabra que nos explica y ritualiza cada vez el sentido del don del Hijo de Dios, indicándonos el camino para realizar en nuestra vida la invitación de cada celebración: "haced esto en memoria mía".

Fundamentalmente estamos llamados a recorrer el itinerario que el Resucitado enseña a dos de las figuras más fascinantes, presentes en los evangelios de la Pascua, los *discípulos de Emaús*. Precisamente este *icono evangélico* (Lc 24,13-35) nos muestra el *método* de lectura de las Escrituras que la liturgia quiere enseñar a todo creyente.

Como Jesús en aquel texto, peregrino misterioso, se acerca a los dos caminantes en su triste y desilusionado retorno a casa, así, de hecho, la liturgia se nos *acerca* discretamente y nos *conduce*, haciéndonos recorrer la Historia de la Salvación, *empezando por Moisés y los profetas*, a *reconocer* al Señor Resucitado en el *partir del pan* de la vida, del don de si mismo, de la fraternidad.

Así como los discípulos de Emaús se redescubren *contados* en la Palabra, también nosotros somos llamados a hacer esta experiencia existencial. *Verdaderamente* nos redescubrimos a nosotros mismos cuando se proclaman las Escrituras y descubrimos a Cristo que está realmente con nosotros en la celebración litúrgica. Encontramos en la Palabra los criterios que nos permiten interpretar la realidad y hacen de "*la palabra escrita... nuevamente una palabra viva*"².

Tal confianza en la Palabra, de encontrarla personalmente y ser guiado por ella, *prescindiendo* de cualquier otro uso posterior de las Escrituras, que nos pueda requerir la actividad pastoral, nos permite el compartir la experiencia pascual de los

² Pontificia Comisión Bíblica, *L'interpretazione della Bibbia nella Chiesa*, n.111



discípulos de Emaús: “¿No nos ardía el corazón en el pecho mientras conversaba con nosotros a lo largo del camino, mientras nos explicaba las Escrituras?”. (Lc 24,32).

Este tipo de actitud nos permite especialmente ser una comunidad que *recuerda* el encuentro con el Resucitado y ser sus testigos verdaderos, en vez de sólo repetir *mecánicamente* hechos de los cuales no hemos tenido una experiencia real.

Un conocido maestro de espiritualidad contemporáneo se explica así a propósito de la comunión de fe que nace de la escucha y de la custodia de la Palabra de Dios:

Cuando con seriedad, pero al mismo tiempo con prudencia y atención, las personas cuentan cuanto han experimentado en su propio camino y como lo han interpretado y comprendido por si mismas, de improvisto el mismo Resucitado está en medio de ellos. Entonces el coloquio se transforma en una experiencia de resurrección.³

El desafío de ser testigos auténticos

Amados hermanos y hermanas, el tiempo en que vivimos ciertamente nos pide que seamos testimonios auténticos, testigos que viven lo que predicán y que por esto son creíbles.

Por otra parte, pero, tenemos que darnos cuenta de que el mundo también necesita de *nuestras palabras* claramente expresadas – no tanto de nuestro *punto de vista* personal, sino como *reflejos* fieles y creativos de la Palabra de Dios. No nos dejemos vencer por la tentación de participar en el gran *talk show* global, en el que hasta se reclama el punto de vista religioso ... en realidad para ahogarlo y neutralizarlo mejor en el estruendo inconcluso y complaciente de la comunicación contemporánea ... arriesgando, por otro lado, en convertir la Palabra de Dios en otra palabra cualquiera.

Cuando Jesús enfrentó controversias, no expresó simplemente una opinión o visión personal. Sus palabras fueron al mismo tiempo auto revelación y revelación del Padre. Él enseñó y actuó con autoridad porque era y es la Palabra de Dios (Jn 1, 1), que trajo la buena noticia a los pobres, libertad a los cautivos y vista a los ciegos (Lc 4, 18). Nunca titubeó en su proclamación de la voluntad del Padre, de la Palabra del Padre, aún cuando lo podría haberlo *salvado* del sufrimiento y de la muerte. Su

³ Anselm Grün, *Gustare la gioia pasquale* (Saborear el gozo pascual)



valiente adhesión a la voluntad del Padre nos muestra lo que verdaderamente significa obedecer a la Voluntad Divina.

También nosotros debemos crecer en esta adhesión a la voluntad de Dios, no para encarnar en nuestra vida nuestra propia opinión, sino para permitir que el plan de Dios sea el centro de nuestras vidas. Esto no un ideal más o menos alcanzable o práctico, más bien el camino estrecho y seguro de Su voluntad. Tampoco es algo que podamos lograr por nuestra cuenta usando sólo estrategias y habilidades humanas. Más bien, sólo es posible cuando nos abrimos voluntaria y conscientemente a la gracia de Dios a la luz de la Palabra viva.

La liturgia, que cada día acompaña y articula el ritmo de nuestra jornada, no sólo nos da la oportunidad de escuchar abundantemente la Escritura, sino que nos enseña a leer las Escrituras como lee a Cristo. Su preocupación verdadera y primordial no consiste en explicarlo y presentarlo a aquellos que se sienten atraídos hacia él, sino de *presentarlo como la Palabra* del Padre (cf. Lc 4, 21).

Si pudiéramos realizar esto en nosotros mismos, entonces la palabra que saldría de nuestra boca sería verdaderamente eficaz, autoritativa, no perdida en un mar de palabras, muchas veces vacías porque ya no comunican nada, satisfechas en resonar complacidas y sin perseguir una verdadera finalidad.

Que Cristo resucitado nos enseñe a ser sus testigos verdaderos

¡Feliz Pascua de Resurrección!

Roma, 12 de abril 2009

p. Michael J. Higgins, TOR
Ministro General

p. John Kochuchira, TOR
Vicario General

p. Bernat Nebot Llinás, TOR
1º Definidor General

p. Amando Trujillo Cano, TOR
2º Definidor General

fr. Mark McBride, TOR
3º Definidor General

p. José Antonio Martorell Pou, TOR
4º Definidor General

p. Pierangelo D' Aiuto TOR
Secretario General